

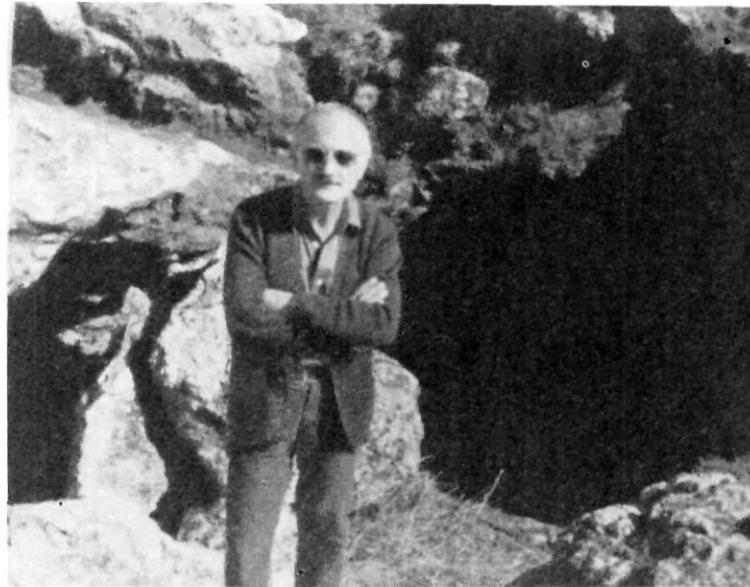
Tres estampas manchegas

por ENRIQUE FAJARNÉS

LA CUEVA DE MONTESINOS

Yo, como don Quijote, deseaba entrar en la Cueva de Montesinos. Hoy realicé mi deseo. Recorrí primero las lagunas de Ruidera, hasta el límite de la carretera que las bordea. En un punto del trayecto indicaba la dirección de la cueva una flecha grande, compuesta de azulejos, uno por letra. Pero casi todos se habían desprendido y sólo una maderilla aparte, escrita con trazos negros, guía al viajero. Un mal camino se adentra en el monte y va dejando a su vera algunas casas. Frente a una aparece de pronto, hincado en el suelo, un palo con una tabla donde se lee: «Aquí vive el guía de la Cueva». Pero la casa estaba desierta, según comprobé entrando en ella, pues cansado de llamar di vuelta a la llave, que estaba en la cerradura. Y cuando ya me disponía a buscar la Cueva por mi cuenta llegó un anciano. «Vivo en Ossa de Montiel —me dijo— y el guía propio es mi hijo. Somos muy pobres. No tenemos más que el día y la noche... Me llamo Felipe y estoy a la disposición de usted». El hijo del buen Felipe regresó de la guerra civil con la salud menguada y halló en la conducción de curiosos a la Cueva un trabajo más llevadero que el campesino. En defecto del hijo, el anciano, con sus ochenta y seis años, se dispuso a acompañarme. Preparó un fanalillo de carburo, ocupó un asiento en el coche y partimos. En el camino seguían emergiendo entre los matorrales, como en todos aquellos itinerarios, las tablillas del egoísmo: «Coto privado de caza». Los vecinos hicimos este camino —me dijo Felipe— y con las lluvias está algo descarnaillo... Yo me preguntaba: —¿No podrían, bien el Estado, bien la Diputación de Albacete, construir una carretera que facilite el acceso a la sima?... Al fin, otra flecha de azulejos, vaciada también de casi todas sus piezas, apunta a la Cueva de Montesinos. «Don Quijote dijo que aunque llegase al abismo había de ver dónde paraba; y así compraron casi cien brazas de sogas, y otro día, a las dos de la tarde, llegaron a la cueva, cuya boca es espaciosa y ancha, pero llena de cambroneras y cabrahigos, de zarzas y malezas, tan espesas e intrincadas que de todo en todo la ciegan y encubren»... También eran las dos de la tarde, poco más o menos, bajo un claro sol, cuando entré en la cueva, ya despejada de las malezas que entorpecieron la entrada de don Quijote, y

28 (244)



El autor del artículo, en la Cueva de Montesinos.

libre de los grajos y cuervos que al volar lo abatieron. A mano izquierda se abre una cavidad, todavía bien iluminada por la luz solar, donde se ve un hueco en la roca que el guía llamó el Pesebre de Rocinante. A mano derecha la cueva descendiéndose rápidamente y la oscuridad la va ganando. El suelo, húmedo y resbaladizo, no me invitaba a emular a don Quijote, sobre todo porque ninguna sogas me unía al exterior. Un pastor apareció en la entrada y saludó al guía. Pasó un tufo de cabrío... Hice unas fotos y salí a la luz de la tarde. Arranqué como recuerdo una rama de encina y regresé a Ossa de Montiel, después de dejar en su casa al guía, anciano reposado y simpático, harto más discreto que el guía de don Quijote...

ARGAMASILLA DE ALBA

A la entrada de algunos pueblos manchegos puede verse en un muro, recortada en plancha negra de hierro, la silueta de don Quijote a caballo, con las palabras: UN LUGAR DE LA MANCHA. Así en Tomelloso, en Herencia, en Madridejos. Pero en Argamasilla de Alba tiene la leyenda un pequeño cambio: EL LUGAR DE LA MANCHA... El trueque del artículo indeterminado

nado por el determinado es significativo, pues vale por un demostrativo categórico. Como si dijera: ESTA ES LA CUNA DE DON QUIJOTE, rechazando así las pretensiones de los otros pueblecillos que en la llanura manchega quisieran sorber su gloria. En la iglesia parroquial (una iglesia anchurosa y recia, con bóvedas de rica crucería, que parecióme de un gótico tardío) se guarda el retrato de don Rodrigo Pacheco, que según los argamasilleros fue el modelo vivo de don Quijote. Un retrato donde consta que en cierto tiempo de su vida le entró una gran frialdad en el cerebro... Todavía hoy la locura se describe popularmente como un enfriamiento de los sesos. Y en una casa de la villa, la Casa de Medrano, os muestran la pieza donde es tradición que estuvo preso Cervantes... No pude ver el retrato de don Rodrigo Pacheco por estar en Madrid para ser restaurado. Dícese que pudiera ser del Greco, o al menos de su escuela. Pero sí visité la Casa de Medrano, acompañado por un policía municipal que, según me dijo, acababa de llevar allí a unos sudamericanos. También al dejarlo yo acercósele una señora y preguntóle, en castellano de América, por la casa de Cervantes.

Argamasilla tiene un alojamiento aceptable en el Hotel Casa de don Quijote, junto a la iglesia. Estaba yo en él a media tarde, sentado a una mesa del pequeño bar, cuando entró un señor a quien alguien dirigió, sin preámbulos, una pregunta relacionada con la vida de Cervantes. —¿En qué bar de España ocurren esas preguntas?, pensé yo. En Argamasilla hay un ambiente cervantino vivo y denso. El buen señor sentóse un momento a mi mesa. De un bolsillo sacó un libro minúsculo. Era «La Ruta de Don Quijote», de Azorín, en edición lilibut de Aguilar. La obrita fue compuesta en 1905, al correr de un viaje manchego. Un abuelo de mi interlocutor fue citado por Azorín en aquel librito, que hoy el nieto lleva siempre, como una joya, sobre el pecho. Con la sonrisa de la convicción me habló un momento. Y cuando abandonó la hospedería me había transmitido su fe. Ya no dudo que en Argamasilla vivió y empezó a escribir Cervantes y en Argamasilla encontró vivo modelo en don Rodrigo Pacheco, el hidalgo a quien, en cierto momento de su vida, se le enfriaron los sesos...

EL TOBOSO

El Toboso fue, en pasados siglos, una villa populosa. Me dicen que tuvo dieciséis parroquias. Muchas parroquias parecen... Hoy no llega a cuatro mil vecinos. Hay dos conventos de monjas de clausura. La iglesia se conserva como la vio Azorín a comienzos de siglo, con «la torre cuadrada, recia, amarillenta»... El interior es espacioso, con bóvedas de crucería sostenidas por anchas pilas-tras. Una capilla fue construida por Felipe IV en 1621, según reza una inscripción. Tras el altar mayor, en el centro del retablo, está una imagen de San Antonio, con el puerco en el calcañar... En los muros de algunas casas del pueblo hay

frases de don Quijote: «—Con la iglesia hemos dado»... «Habla con respeto, Sancho, de las cosas de mi señora»... En la plaza de la iglesia está el ayuntamiento, en cuyos bajos instalóse, no ha mucho, la biblioteca cervantina del Toboso. Hay ediciones del Quijote en hebreo, árabe, chino y japonés. Y un conjunto de ejemplares en varios idiomas con los autógrafos de donantes históricos. Pude ver las firmas de Von Hindenburg (6 mayo 1929); Benito Mussolini (31 mayo 1930); Ramsay MacDonald (11 abril 1932); Adolfo Hitler (1 julio 1933); Eamon de Valera (18 febrero 1948); Giovanni Leone (23 marzo 1973); Juan Perón; Príncipe Bernardo de Holanda... En el libro de visita, abierto a todos, escribí: Un ibicenco devoto de Cervantes.

En otro lugar os muestran una casa toboseña, vasta, con piso y una torrecilla, que llaman la Casa de Dulcinea. Azorín la vio así: «La casa de la sin par princesa se levanta en un extremo del poblado, tocando con el campo; aún perduran sus restos... Os encontraréis ante un ancho edificio, viejo, agrietado; antaño esta casa debió de constar de dos pisos; más tarde la parte superior se vino a tierra y hoy, casi al ras de la puerta, se ha cubierto el viejo caserón con un tejadillo modesto, y los desniveles y rajaduras de los muros de noble piedra se han tabicado con paredes de barro. Esta es la mansión de la más admirable de todas las princesas manchegas. Al presente es una almazara prosaica».

Esa almazara que anota Azorín se ve todavía al sol, con su gigantesca viga, en un cercado trasero. Y la casa ha sido reconstruida y ornada con algunos muebles antiguos. Depende de un museo toledano y, en última instancia, del Ministerio de Educación Nacional. Una señorita cobra la entrada y os acompaña por las dos plantas de la mansión. Podéis ver una antigua caja fuerte de madera, con la tapa alzada que enseña un complicadísimo trenzado de barritas de hierro. En una alcoba os muestran una cama con una colcha de terciopelo verde; no podéis esquivar el pensamiento de que en una cama como aquella yacería Dulcinea, con la frente turbada por vagos saberes... A un lado del patio queda el antiguo palomar. Es una curiosa pieza, cuyos muros están cuajados de celdillas, sin vanos ni lisuras. Miles de palomas se recogerían en ellas... «¡Oh, Caballero de la Triste Figura! No te dé afincamiento la prisión en que vas, porque así conviene para acabar más presto la aventura en que tu gran esfuerzo te puso. La cual se acabará cuando el furibundo león manchego con la blanca paloma tobosina yacieren en uno, ya después de humilladas las altas cervices al blando yugo matrimonioso»... Dulcinea, blanca paloma tobosina, vería, desde la torrecilla de su casa, el vuelo de su palomar sobre los tejados del pueblo, mientras por la llanura lejana pasaba en su rocín la cansada silueta del Caballero del Ideal...

ENRIQUE FAJARNÉS

(La Mancha, octubre de 1973)